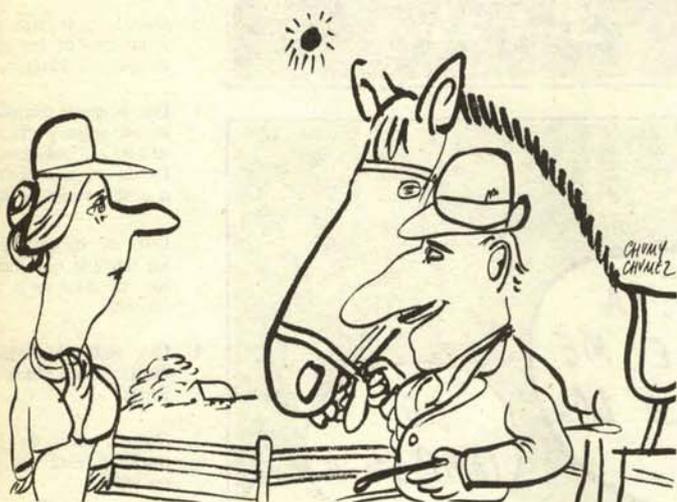


—Da lo mismo. Sirvame cualquier cosilla que no esté al alcance de la «mass media».



—Es muy culto. Ha visto todas las películas pornográficas del mundo.



—Puedes hablar con entera confianza. Es como si fuera mi hermano.



—Fíjate si será rico, que en sólo este año ya ha habido veinte conflictos colectivos en sus fábricas.

PORTUGAL Y EL MONOCULO

PORTUGAL estaba muy bien como estaba. Yo no sé por qué ha venido el general Spínola a meter la pata y el monóculo donde no debe. Portugal llevaba cincuenta años de inmovilismo, que es un record que sólo superan las momias de Egipto. Y a su manera eran felices.

Por ejemplo, la guerra de las colonias. Los portugueses, que son demasiado finos, se hacían hombres en la guerra, les iba bien una mili tan larga (catorce años de guerra) y volvían —los que volvían— más machos. Su dulce vida, su desmadre, su sex-living era el fado y nada más que el fado, cantado por Amalias de luto riguroso a la luz de velones de entierro. Con el fado nunca ganaron el Festival de Eurovisión, pero man-

tenían enlutadas y decentes a sus mujeres. El fado no exige destape, como los cuplés de la Sara o los lalás de la Masiela. El fado es un desmadre de viuda compungida.

En las escuelas, los niños leían a Camoens con subtítulos cambiados en portugués moderno, que donde decía don Enrique el Navegante ponían Antonio Oscar Fragoso de Carmona. En cuanto a los líderes de la oposición, estaban todos en el exilio, que es donde no molestan. Generalmente se les enviaba a Londres. A un líder socialista, que suele salir bastote y campechano, conviene enviarle a Londres quince o veinte años, para que se afine un poco. Un portugués socialista no parece un portugués. En general, los líderes políticos de la oposición le deben mucho a los

Gobiernos que les exilian. Gracias al exilio, que es una especie de año sabático para ellos, los exiliados ven mundo, aprenden idiomas, se decantan en la nostalgia de la madre patria y al final escriben cartas como la que don Claudio Sánchez-Albornoz le ha escrito a Laín Entralgo, llenas de generosidad, comprensión, dignidad literaria y buen gusto.

Portugal, en fin, pierde cincuenta años de paz en la guerra, que dirían Unamuno y Tolstoi, dos exiliados ilustres que hoy, en la distancia literaria, parecen portugueses. Lo sentimos por el vecino país hermano. Sabed, queridos lusos, que el Bloque Ibérico no os olvida.